aten
Seccional Neuquén

Comisión de Formación Permanente

Cuadernos de formación y debate

Nº3

Repensar el 24 de marzo

(apuntes para refrescar la memoria y entender la historia)

2° edición



El autor: Ariel Petruccelli es Profesor en Historia. Publicó "Ensayo sobre la teoría marxista de la historia" (1998), "Docentes y Piqueteros" (2005), "Materialismo histórico, interpretaciones y controversias" (2010). Actualmente, es Director del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue y profesor en esa misma facultad.

Es una publicación de la Comisión de Formación Permanente de la Asociación de Trabajadores de la Educación de Neuquén (ATEN), Seccional Neuquén, Perito Moreno 373, Neuquén (Capital).

Las ilustraciones de este cuaderno fueron extraídas del libro "La dictadura (1976-1983) Testimonios y documentos", de Liliana Caraballo, Noemí Charlier y Liliana Garulli, Bs. As., Universidad de Buenos Aires, CBC, 1996, y del CD "De memoria. Testimonios, textos y otras fuentes sobre el terrorirsmo de estado en Argentina", Vol 2, Bs. As, Memoria Abierta, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y "Página 12", 2005.

Marzo 2015

ISBN en trámite

Nota: el texto del presente cuadernillo fue elaborado en el 2005. Los diez años transcurridos desde su escritura tuvieron una importante dinámica de nuevas situaciones y hechos que cambian y complejizan la relación entre sociedad, democracia y derechos, no solo en el país sino también en el contexto de Latinoamérica. Consideramos que el tratamiento general del tema sigue aportando para pensar la nueva coyuntura.

Repensar el 24 de marzo
(apuntes para refrescar la memoria y entender la historia)

Ariel Petruccelli

Cada vez más, el 24 de marzo es un día importante en las escuelas. Se conmemora un nuevo aniversario del golpe de estado de 1976, y en muchos establecimientos educativos se realizan actividades que procuran mantener viva la memoria de lo que sin dudas fue el período más negro de la historia argentina reciente.

Ahora bien, el que mantengamos viva la memoria –tarea fundamental, por cierto– no significa que seamos capaces de comprender adecuadamente el proceso histórico del que la dictadura formó –o forma– parte. Y tampoco significa que seamos capaces de transmitir con fuerza a nuestros alumnos una experiencia que, para ellos, es irremediablemente lejana.

En este trabajo nos proponemos realizar un abordaje crítico de la última dictadura militar, cuestionando algunas ideas firmemente arraigadas. Buscamos mostrar los oscuros hilos que unen aquél pasado con éste presente, con la intención de ensayar propuestas que permitan a nuestros alumnos relacionar sus propias experiencias con la herencia de la dictadura.

(Foto CD "De memoria...")



Madres de Plaza de Mayo durante la dictadura.

La tarea es sumamente compleja. Tenemos entre manos hechos dolorosos de un pasado reciente. Hechos sobre los que existen distintas y encontradas versiones. Tanto es así, que no es difícil conversar con docentes (o personas en general) que piensan que no es posible referirse a la Dictadura más que con versiones "subjetivas". Todo lo más, podríamos incluir un menú de versiones diferentes: un relato histórico con pretensiones de objetividad estaría vedado. Y sin embargo no es así. O en cualquier caso las dificultades que tenemos para abordar históricamente este proceso no son mayores que las que se nos presentan con cualquier otro acontecimiento histórico. Y acá es imperioso ser claros. La comprensión histórica gana en claridad y profundidad cuando se torna abarcativa, global, totalizante, y no cuando se queda en la mera perspectiva individual. Pero por eso mismo las experiencias personales, individuales; esas experiencias vitales, incluso aquellas experiencias fundadas en el dolor, no confieren ningún privilegio historiográfico: sería ilusorio pretender que uno sabe más sobre un proceso histórico porque lo vivió o porque lo sufrió... pero también es equivocado creer que quien haya vivido y padecido un momento histórico no puede abordarlo con objetividad.

Los docentes tenemos con respecto a los luctuosos hechos de la Dictadura una doble responsabilidad: la **reponsabilidad de la memoria** y la **responsabilidad de la historia**. Vale decir, la responsabilidad de mantener vivo el recuerdo de lo que sucedió, porque es un antídoto (fuerte pero no infalible) para que tragedias de ese tipo no se repitan; pero también la responsabilidad de explicar por qué ocurrió lo que ocurrió, y mostrar hasta qué punto la Argentina actual es fruto de aquél terror. Porque al menos para mí está perfectamente claro: todos somos hijos no reconocidos del terrorismo de Estado.

Si me acompañan, quisiera argumentar por qué.

Los docentes tenemos con respecto a los luctuosos hechos de la Dictadura una doble responsabilidad: la reponsabilidad de la memoria y la responsabilidad de la historia. Vale decir, la responsabilidad de mantener vivo el recuerdo de lo que sucedió, porque es un antídoto (fuerte pero no infalible) para que tragedias de ese tipo no se repitan; pero también la responsabilidad de explicar por qué ocurrió lo que ocurrió, y mostrar hasta qué punto la Argentina actual es fruto de aquél terror.

¿Qué tan real es el antagonismo democracia / dictadura?


Clarín

NUEVO GOBIERNO

La prolongada crisis política que aflige al país comenzó a tener su desenlace esta madrugada con el alejamiento de María E. Martínez de Perón como presidente de la Nación. En las primeras horas asumió el gobierno una junta militar integrada por los comandantes generales y presidida por el teniente general Jorge Videla. La ex mandataria fue trasladada en helicóptero desde la Casa Rosada hasta el Aeroparque y allí embarcada en un avión que partió hacia el sur. Será alojada en El Messidor.

CALABRO ENTREGO LA GOBERNACION

(Foto CD "De memoria...")

Tapa del diario "Clarín" del 24 de marzo de 1976

En las visiones imperantes sobre la dictadura del ´76 se insiste en el carácter pernicioso, violento e ilegal de las dictaduras militares, a las que se contrapone la transparencia, el consenso y la legalidad de las democracias. La intención de este esquema dual es rescatar los valores democráticos y atacar los dicatatoriales. Eso está muy bien (o por lo menos lo está para mí, y, creería, para los lectores también). El problema es que se contrapone algo así como dos entidades eternas y siempre iguales a sí mismas (la democracia y la dictadura), y con ello se impide ver las profundas diferencias entre algunas democracias y algunas dictaduras, al tiempo que queda en el olvido el doloroso proceso por medio del cual la democracia llegó a consolidarse y a gozar de un reconocimiento cuasi-universal. Finalmente, esta visión dicotómica deja poco margen para pensar alternativas políticas y sociales, como por ejemplo en una **democracia integral**, que no se limite a democratizar al Estado, sino que también democratice la economía.

Luego de más de dos décadas de relativa institucionalidad democrática, el fenómeno de las dictaduras parece ser cosa del pasado no sólo en Argentina, sino también en el resto de Latinoamérica. Hasta hace poco tiempo, sin embargo, las democracias eran la rareza y las dictaduras lo habitual, y en muchísimos casos lo que se vivía era un permanente ir y venir de gobiernos democráticos y gobiernos militares. Por otra parte, ni unos ni otros eran iguales a sí mismos. Algunos gobiernos democráticos sólo lo eran porque ganaban elecciones, pero elecciones en las que la fuerza política mayoritaria estaba proscipta (como pasó con el radicalismo, proscipto luego de 1930, o con el peronismo, proscripto entre

1958 y 1973). Del mismo modo, no todas las dictaduras era idénticas: tenían diferentes proyectos políticos y no todas eran igual de violentas. Un chiste de otros años era hablar de las "demoduras" y las "dictablandas". Había democracias que eran una farsa, y dicataduras que podían ser tolerables, al menos por un tiempo. Es históricamente falsa la imagen de regímenes democráticos apacibles *versus* dictaduras super violentas. Las masacres de la semana trágica de 1919 y de la patagonia trágica de 1921 (en esta última se estima en cerca de 1.500 los peones fusilados) ocurrieron durante el muy democrático gobierno de Hipólito Yrigoyen.

El problema es que se contrapone algo así como dos entidades eternas y siempre iguales a sí mismas (la democracia y la dictadura), y con ello se impide ver las profundas diferencias entre algunas democracias y algunas dictaduras, al tiempo que queda en el olvido el doloroso proceso por medio del cual la democracia llegó a consolidarse y a gozar de un reconocimiento cuasi-universal. Finalmente, esta visión dicotómica deja poco margen para pensar alternativas políticas y sociales, como por ejemplo en una democracia integral, que no se limite a democratizar al estado, sino que también democratice la economía.

Un poco de historia

Pensemos en Argentina y hagamos un poco de historia. Antes de 1916 había democracia, pero una democracia tan pero tan amañada que siempre ganaba el partido oficialista –el oligárquico PAN: Partido Autonomista Nacional– y en la que apenas votaba una ínfima minoría de la población, aunque legalmente todos los ciudadanos podían hacerlo. En ese contexto, quien pretendiera votar por la oposición debía prepararse, el día de las elecciones, más para una batalla campal que para los tranquilos comicios que conocemos. Se dice, sin embargo, que esos gobiernos eran democráticos. Como empezamos a ver, la democracia es un concepto muy gomoso.

En 1916 gana Yrigoyen, y entre él y Alvear los radicales permanecieron en el poder hasta 1930, cuando se produce el primer golpe militar de la Argentina moderna. El gobierno de Yrigoyen era democrático –había ganado legítimamente las elecciones–, pero la oposición oligárquica lo acusaba de dictatorial: se apoyaban, para ello, en las reiteradas intervenciones a las provincias, bastiones políticos de la oligarquía. Alvear, aunque también era radical, se llevó mejor con la oligarquía, que deja de protestar. Luego vuelve Yrigoyen y vuelven los problemas, hasta que en la coyuntura de la crisis del ´30 (una crisis internacional), el general Uriburu aprovecha la bolada para derrocarlo. Comienza así la "década infame": una sucesión de dictaduras militares y de gobiernos supuestamente democráticos que ganaban elecciones, sí, pero elecciones en las que la fuerza mayoritaria (que en ese entonces era la UCR) estaba proscripta.

Luego viene Perón, quien, sin romper los marcos del capitalismo, ensaya una serie de políticas que perjudicaban a algunos sectores empresariales y terratenientes (a otros lo benefició, y mucho). Se inicia así el período económico conocido como **"industrialización por sustitución de importaciones"**, en el que se prioriza el **desarrollo industrial para el mercado interno**, y por ello aumenta el número de trabajadores industriales y mejoran sus condiciones de vida: los trabajadores eran los **productores** y, en gran parte, los **consumidores** de los nuevos bienes industriales. Por eso el sistema necesitaba que tuvieran ingresos relativamente altos. El haber introducido este nuevo **modelo de acumulación** (o modelo económico) constituye la base material sobre la que el peronismo histórico basó su poder, y a partir de la cual construyó una simbología cuyos ecos aún perduran.


ES INMINENTE EL FINAL
Todo Está Dicho
A ULTIMA HORA SE ACENTUABA LA IMPRESION DEL DESENLACE
6ª LA RAZON
Una Madrugada Para Recordar
La Asamblea Multisectorial, Muerta Antes de Nacer
Guerrillera
Las Hermanas de Eva Perón Demandan a la Presidente
LE EXIGEN LA ENTREGA DEL CADAVER QUE ESTA EN OLIVOS
"Me Borré", Dijo Casildo Herreras en Montevideo. Donde se Halla en Compañía de Otros Dirigentes
O EXTREMISTAS MUERTOS EN LA PLATA

(Foto CD "De memoria...")

Tapa del diario "La Razón", la tarde del 23 de marzo de 1976, anunciando el golpe que ya estaba en marcha.

La industrialización sustitutiva de importaciones venía a reemplazar, parcialmente, al viejo **modelo agro-exportador**, con el que la Argentina se había incorporado al mercado mundial a fines del siglo XIX.

El modelo agro-exportador funcionaba de una manera muy sencilla. En ese entonces la variable fundamental de la productividad agrícola era la fertilidad del suelo, y nuestra pampa húmeda tenía las tierras cerealeras más fértiles del mundo. Pero lo de "nuestra" es un eufemismo: esas tierras estaban en manos de una **oligarquía capitalista** que poseía hectáreas por millares; que no contenta con ello también invertía en el comercio, en las finanzas y, si las cuentas cerraban, también en la industria; y que de yapa controlaba al Estado. En fin, una **oligarquía en el pleno sentido de la palabra: un puñado de familias que concentraban el poder económico y político del país**. Bien, los cereales y el ganado producidos en las estancias de los terratenientes



Movilización en el exterior contra la dictadura argentina.

eran destinados en su inmensa mayoría a la exportación.El principal comprador era Inglaterra, que también era el principal vendedor. ¿Y qué nos vendía? Todo tipo de bienes industriales. De este modo, mientras la clase dominante Argentina se convertía en una de las más ricas del mundo, la Argentina marchaba derechamente por la senda de la dependencia económica: tras la bonanza del "granero del mundo" y los años de "vacas gordas", se escondía una economía exportadora de materias primas, carente casi por completo de industrias ... en un mundo en el que la batuta la tenían –y la tendrían aún más– los países industrializados.

Con Yrigoyen la oligarquía había perdido parte del poder político, pero mantuvo intacto el poder económico. Con Perón la historia, en cierto modo, volvía a repetirse, pero el contexto histórico ya era otro, y eso tornaba imperiosas algunas modificaciones en el modelo económico. Los precios agrícolas tendía a bajar, los precios industriales a aumentar. Cada vez estaba más claro que quienes mandaban eran las naciones industrializadas. Por otra parte, las ganancias agroganaderas disminuían: los más vivos de los terratenientes argentinos (que siempre habían invertido en la tierra, pero también en cualquier sector de los negocios que resultara rentable) empezaron a mirar a la industria como una posible rama lucrativa de inversiones. Pero el grueso de los oligarcas, aún comprendiendo la necesidad de industrializarse, no quieren asumir los "costos" que la industrialización implica. Quieren fábricas... pero las quieren sin sindicatos, sin obreros que reclamen, sin salarios elevados, sin laburantes medianamente satisfechos. Entonces llega Perón, "lee el partido", e introduce un nuevo modelo económico que habrá de reportar renovados millones a los ricos de siempre, pero que a cambio también les reportará algunos beneficios a los trabajadores, y los dotará de un nuevo potencial político y de un sentimiento de dignidad.

Perón quería ser un árbitro bondadoso que dejara contento a los dos equipos. Pero la historia, ¡ay!, es tirana. Los empresarios embolsaron sus millones, pero con ellos la inquina contra un movimiento, el peronismo, que permitía que los trabajadores se consideraran con derechos y ciudadanos en pié de igualdad con los "verdaderos dueños del país": de allí en adelante volvieron a practicar lo que ya conocían desde los tiempos de Yrigoyen: la conspiración con los militares (que en general eran sus parientes, por lo menos a nivel de los altos mandos). Los trabajadores, por su parte, agradecieron la nueva prosperidad económica que gozó buena parte de ellos, pero no vieron razones para no pretender mejorar aún más su situación económico-social: al fin y al cabo ellos, que eran el 80% de la población, se apropiaban sólo de la mitad de los ingresos nacionales, mientras que el resto de la población más favorecida, apenas un 20%, se quedaba con la otra mitad. Argentina era por entonces la sociedad más igualitaria de latinoamérica, pero ciertamente no era una sociedad verdaderamente igualitaria.

El modelo de industrialización por sustitución de importaciones se convirtió, pues, en un campo de batalla social. La estabilidad política y la democracia tenían que ponerse a la cola.

La causa de la inestabilidad: una vieja crisis de legitimidad

Las reglas del juego democrático no eran aceptadas por todos, o sólo eran aceptadas mientras convinieran, o en tanto y en cuanto el ejercicio de la democracia política no pusiera en riesgo al poder económico. Y aquí llegamos al centro del asunto. La clave de la inestabilidad política de la Argentina se encuentra en la existencia de una pequeña pero increíblemente rica clase económicamente dominante, que desde 1916 en adelante se las vio en figurillas para hacer que los gobiernos que gozaban de la legitimidad popular que confiere el voto, fueran simultáneamente sus fieles servidores. Dicho crudamente, **los dueños del país querían (y quieren) mandar. Si es por medio de funcionarios elegidos, ¡mejor!; pero sino, un general acostumbrado a mandar y, sobre todo,**

Jorge Rafael Videla, primer presidente de la dictadura militar.



Foto libro "La dictadura..."

a obedecer(les) bien podía ocupar su lugar. El asunto no era tanto la forma de gobierno, como que los negocios marcharan bien. Y esta gente siempre entiende que los negocios marchan mal cuando los trabajadores que producen las riquezas que ellos se apropian, limpian las casas que ellos habitan, sirven la mesa en la que comen, y enseñan y cuidan a sus hijos, cuando esos trabajadores y esas trabajadoras, decíamos, creen que tienen derechos y empiezan a hacerlos valer. Entonces los negocios marchan mal, dicen, y quieren meter palo. Ya lo vimos en el 2001.

Sucede que por debajo de los sistemas de gobierno (y las democracias y las dictaduras son sistemas de gobierno) hay un mundo económico que nada tiene de armonioso, menos tiene de igualitario, y en el que no prima el tan mentado consenso, sino que se rige por la ley del mercado (a la que algunos, en evidente desconsideración para con nuestros hermanos animales, gustan llamar ley de la selva).

Si tenemos en cuenta este mundo "subterráneo" en el que todos estamos insertos y en el que día a día padecemos, podremos empezar a entender cuando menos algo del orden político, y a ver las causas de la inestabilidad democrática del pasado y la evidente devaluación de la democracia en el presente. Porque convengamos: las expectativas y esperanzas depositadas en el retorno de la democracia no se han cumplido. Y el funcionamiento democrático actual se parece mucho más a un sistema clientelar que a una red de ciudadanos.

Sucede que por debajo de los sistemas de gobierno (y las democracias y las dictaduras son sistemas de gobierno) hay un mundo económico que nada tiene de armonioso, menos tiene de igualitario, y en el que no prima el tan mentado consenso, sino que se rige por la ley del mercado (a la que algunos, en evidente desconsideración para con nuestros hermanos animales, gustan llamar ley de la selva).

Observemos una paradoja. Hoy en día, políticamente, la democracia es un valor incuestionado. Los monarcas divinos, los reyes hereditarios, son considerados cosas de un remoto y bárbaro pasado. Ya no se acepta que la autoridad emane de Dios ni que el poder sea hereditario. Sólo el voto popular confiere legitimidad política. Los cargos se ganan, no se heredan. Así es hoy ... en la esfera política. ¿Pero qué pasa en la economía? Exactamente lo contrario. Allí rige el principio de herencia, y los propietarios son monarcas absolutos. Las empresas se heredan, y los ejecutivos son nombrados por los dueños, no elegidos en comicios populares. Y en el mundo moderno, en el que son varias las corporaciones capitalistas que poseen un presupuesto anual superior al de muchos Estados de gran tamaño, esto confiere a un puñado de empresarios un poder muy superior al que gozan aquellos

que ejercen cargos públicos gracias a, quizás, millones de votantes. A la hora de los bifes, los millones de dólares siempre cuentan más que los millones de votos.

Y entonces nos encontramos con la cuadratura del círculo democrático: una democracia política que se apoya sobre una dictadura económica. Por supuesto, siempre se puede, mediante la lucha y la movilización, hacer que las instituciones democráticas funcionen un poco mejor, como también se pueden impedir golpes de Estado. Pero mientras existan los dictadores económicos la democracia estará amenazada, y si sobrevive largo tiempo, lo hará al riesgo de devaluarse a su mínima expresión: una democracia de clientes. Y los ciudadanos, bien, gracias.



Foto libro "La dictadura..."

Isabel Perón y José Lopez Rega: bajo su gobierno, y el de Perón, se inició, en el año 1974, la represión ilegal.

Los antecedentes de la dictadura y el terror estatal

El Proceso de Reorganización Nacional instaurado el 24 de marzo de 1976 es recordado, y repudiado, por haber instaurado el **terrorismo de Estado** en la Argentina. Vale decir, por haber convertido al las instituciones del Estado, o a al menos una parte de ellas (las Fuerzas Armadas), en practicantes de acciones terroristas sistemáticas contra la misma población civil argentina. Las acciones de los dictadores militares fueron tan aberrantes que no podían ser llevadas a cabo a plena luz del día, o cumpliendo el más mínimo marco legal. Y entiéndase bien, las acciones de los represores fueron ilegales respecto a la constitución que violaron al derrocar a un gobierno legal; pero también eran ilegales en términos de los marcos y principios emanados por los propios golpistas.

En última instancia, todo orden legal se basa en la fuerza. Lo que sucede es que la fuerza originaria y fundante puede quedar olvidada con el paso del tiempo. Pero seamos claros, ni la independencia de España, ni la constitución de un Estado nacional, fueron procesos pacíficos o anodinos. San Martín y Belgrano no disparaban flores. Las guerras civiles entre las provincias y entre

Foto libro "La dictadura..."



Rodolfo Walsh, escritor y periodista, autor de "Operación Masacre", víctima de la dictadura militar.

unitarios y federales se parecían más a un matadero que a un juego de TEG. La incorporación de la Patagonia al Estado Nacional implicó un verdadero genocido de los pueblos indígenas. El Estado y la institucionalidad que emergió de esos sucesos, y que se plasmó en una Constitución, fue el resultado del ejercicio previo de la fuerza: a las leyes, de hecho, las hicieron los ganadores. Ninguna Constitución ni niguna ley es una deidad sagrada: son productos de los seres humanos, que reflejan ciertas situaciones más o menos momentáneas, y también intereses más o menos claros.

Lo increíble del terrorismo de Estado argentino es que los militares no negaban los valores de los derechos humanos, no proclamaban que la tortura fuera una acción lícita; sus leyes no autorizaban nada de eso, ni siquiera autorizaban los fusilamientos. Podrían haberlo hecho, ¡cómo no! Al fin y al cabo la tortura era de lo más normal en la muy católica Edad Media, y en la actualidad el Estado de Israel discute seriamente la legalización de ciertas torturas, y ya ha legalizado algunos tormentos. En fin, que a nosotros nos parezca que torturar y asesinar a sangre fría esté mal no significa que todas las personas compartan esos valores. El problema es que en nuestra sociedad torturar y asesinar sí eran y son acciones repudiadas. Por eso las acciones de la Dictadura debían ser clandestinas: ellos hacían por las noches todo lo que repudiaban de día.

No siempre fue así. La dictadura de Uriburu, por ejemplo, dictó un bando en el que se condenaba a morir fusilado a todo aquel que tomara las armas. Esto nos puede parecer ilegítimo, pero en términos de las leyes de la dictadura era legal. Y por eso Rodolfo Walsh pudo demostrar –en **Operación Masacre**, un libro magistral– lo ilegal de los fusilamientos de León Suarez: los detenidos habían sido apresados antes de que se dictara el bando. Los dictadores de 1976 violaron no sólo a la Constitución que habían jurado defender, sino también a las mismísimas leyes que ellos promulgaron. Y comparado con lo que vendría en 1976, los sucesos de 1955 parecen un juego de niños. Se trata, ni más ni menos, que de la diferencia entre una **dictadura represiva** (que ilegaliza a los partidos políticos, encarcela a

los opositores, persigue a los sindicalistas) y un **Estado terrorista** (que “desaparece” ciudadanos, asesina a los opositores, y secuestra y tortura a quien se le ocurre).

Sin embargo, el terrorismo de Estado no fue un rayo en cielo sereno. Se fue gestando lentamente. El primer centro clandestino fue creado en 1974, durante el gobierno democrático de Isabel Perón, y bajo el amparo de López Rega. En 1975 (todavía bajo un gobierno formalmente democrático) se crearon 6 centros más, y la Triple A operaba con total impunidad.

Por supuesto, el terror apañado por el Estado (antes de 1975) se convierte en terrorismo de estado en 1976: ese año hay registrados 610 centros clandestinos de detención.

El terrorismo de Estado propiamente dicho recién se instala a partir de 1976; pero las tendencias que lo hicieron posible venían de antes, y provenían de un gobierno democrático.

"Custodiada" movilización de las Madres de Plaza de Mayo.



(Foto CD "De memoria...")

(Foto CD "De memoria...")



José Alfredo Martinez de Hoz, primer ministro de Economía de la dictadura militar.

¿Existió la "amenaza subversiva"?

Los militares invocaban a la subversión como la amenaza que el golpe intentaba contrarrestar.

Hay quienes, cuestionando los métodos empleados por la represión estatal y para-estatal, aseguran que era imperioso combatir a la subversión. Cuando estas personas emplean la palabra subversión están queriendo decir: organizaciones armadas, fuerzas guerrilleras. La lógica sería más o menos la siguiente: el Estado tenía derecho a reprimir por la fuerza a quienes tomaban las armas, pero no a quienes protestaban y luchaban pacíficamente.

Quienes defienden esta posición tienen dos inconvenientes: el primero es si efectivamente la subversión armada representaba en 1976 una amenaza real; el segundo si era ese el concepto que las fuerzas armadas tenían de la subversión. Y bien. Al primer problema hay que responder con un rotundo no. Todas las organizaciones guerrilleras que se habían expandido en los primeros setentas estaban en declive en 1976. El ERP –considerado por el Ejército como la organización con mayor capacidad militar– ya había abandonado el único foco rural en Tucumán, y estaba poco menos que diezmado luego del fracasado asalto al cuartel de Monte Chingolo. Montoneros estaba también en retirada, y las organizaciones menores prácticamente ya no existían.

No hay dudas de que la amenaza representada por la guerrilla era mínima en 1976, y al respecto me gustaría citar las palabras del Teniente Urien, un digno oficial que fuera destituído de su cargo por oponerse a la represión ilegal: *"Cuando llegué a Tucumán, creía como los demás oficiales jóvenes, que entrábamos en guerra. Pero cuando encontré que ellos eran 67 y nosotros más de 4.000 no pude dejar de preguntarme: ¿Qué carajo estamos haciendo nosotros aquí? Fue todo una gran pantalla (...) No querían eliminar al enemigo. Querían tener un problema latente como pretexto del golpe".* (Citado en Liliana Caraballo, Noemí Charlier y Liliana Garulli, **La dictadura (1976-1983). Testimonios y documentos**, Bs. As., Publicaciones Ciclo Básico Común (UBA), 1996, pág. 58.

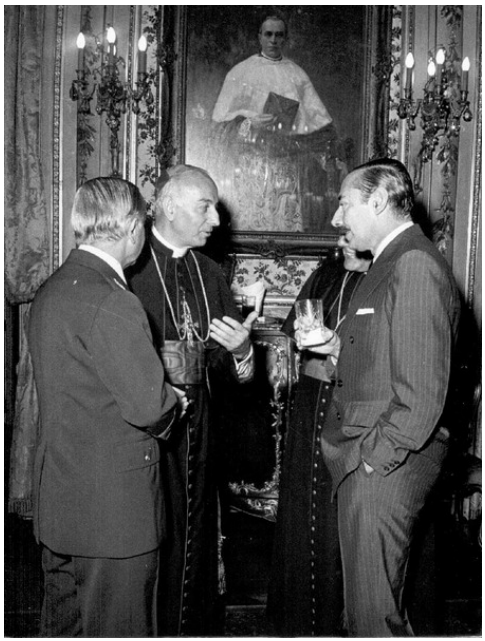
Ahora hay que pasar al segundo punto: ¿quienes eran "la subversión" desde la óptica de los militares? Como queda perfectamente en claro en las obras de los ideólogos locales de la guerra anti-subversiva, la subversión no era para las fuerzas armadas únicamente quienes empuñaran las armas: estos grupos eran considerados meramente la punta de un *iseberg.* Debajo de ellos, y conformando un *continuum*, eran considerados subversivos los militantes de la izquierda no armada, los delegados sindicales combativos, los activistas de centros de estudiantes, los curas progresistas, los profesores con ideas "izquierdistas", etc. En fin, subversivo era todo aquél que intentara organizar autónomamente a algún sector popular, que reclamara por sus derechos o pensara con cabeza propia.

En fin, un número impresionante de víctimas de la dictadura fueron militantes de organizaciones sociales, sindicales o políticas no-armadas. Pero no fueron víctimas por error. Ellos eran el verdadero blanco de la represión.

La mentira de la "guerra sucia"

Algunos de los defensores del accionar de las Fuerzas Armadas argentinas en los setentas intentan justificar lo sucedido planteando que se trató de una guerra: una guerra sucia contra la subversión.

Pues bien, no está aquí en juego si las fuerzas armadas tenían o no derecho a defenderse de lo que era un ataque. Pero una cosa es balear guerrilleros en un combate abierto, y otra muy distinta ejecutar a personas desarmadas, crear centros clandestinos de detención, torturar sistemáticamente o apropiarse de los hijos de las víctimas. El punto aquí es el siguiente: militares y guerrilleros perseguían objetivos políticos diferentes. Usted o yo podemos simpatizar con uno u otro de esos objetivos, podemos incluso aceptar que, en ciertas circunstancias, el uso de la violencia es legítimo. (Seamos honestos: en todas las



La mayor parte de la jerarquía de la Iglesia Católica colaboró activamente con la dictadura militar.

(Foto CD "De memoria...")



NI INTERPOL ENCUENTRA A LOPEZ REGA

MATAN EN TUCUMAN A 14 GUERRILLEROS

crónica

FIRME JUNTO AL PUEBLO

¡Golazo de Boca! Compró a Taverna

ISABEL NO HABLA MAÑANA SOBRE PROYECTO NACIONAL

Bandera Pirata en Las Malvinas

ASESINARON A BALAZOS A UN DIRIGENTE MERCANTIL

LOLITA

Tapa del diario "Crónica" durante la dictadura militar.

escuelas se conmemora y legitima la violencia empleada por San Martín para liberarnos). Pero que la violencia sea aceptable en algunas circunstancias ¿convierte en igualmente aceptable cualquier acto violento? Definitivamente no. Existen los "crímenes de guerra". Es dudoso que en Argentina haya habido una "guerra" en 1976: de ser así sería una guerra muy extraña, en la que los campos de batalla eran camas de tortura. Pero aún aceptando la falsa idea de que hubo una guerra, resulta indudable que los militares cometieron todo tipo de "crímenes de guerra", y que los cometieron de manera sistemática y planificada: no fueron errores o excesos, como intentaron argumentar. Todo esto puede ser muy doloroso, pero es un hecho. El mismo general Balsa, en su calidad de Comandante en Jefe del Ejército, reconoció el carácter planificado de la represión clandestina, y se disculpó por ello. Como dicen los juristas: a confesión de partes relevo de pruebas.

El mito de los "dos demonios"

Los militares intentaron justificar el golpe de Estado de 1976 invocando la amenaza que significaba la subversión. Había que salvar a la patria de los subversivos, y en nombre de esta buena causa se podía disculpar el asesinato de la democracia (y varios asesinatos más, esta vez menos



(Foto CD "De memoria...")

Madres de Plaza de Mayo.

metafóricos). En los últimos años han sido pocos los que se atrevieron a disculpar a los militares por sus actos, pero han sido muchos los que aceptaron el diagnóstico: la subversión era un problema. Algo había que hacer, pero a los milicos se les fue la mano. El –por otras razones– merecidamente célebre informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, más conocido como **"Nunca Más"**, es uno de los escritos fundantes de la llamada "teoría de los dos demonios". Allí podemos leer que *"durante la década del 70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda"* (**"Nunca Más"**, Bs. As., Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1984, pág. 7). En resumidas cuentas la teoría dice que **en la Argentina de los años setenta imperaba el terror, provocado desde la derecha y desde la izquierda, desde el estado y desde las organizaciones revolucionarias. Atrapada entre estos dos campos**

estaba el grueso de la población, víctima inocente de los dos demonios.

Por supuesto, **"Nunca Más"** recarga las tintas sobre el terrorismo de estado: *"a los delitos terroristas, las Fuerzas Armadas respondieron con un terrorismo infinitamente peor que el combatido, porque desde el 24 de marzo de 1976 contaron con el poderío y la impunidad del Estado absoluto, secuestrando, torturando y asesinando a miles de seres humanos"* (pág. 7). Pero también instala la idea de que existió –y que fue importante– un terrorismo de izquierda.

Comencemos por el principio. ¿Qué es el terrorismo? Es un palabra muy de moda, pero quizás por ello ha perdido todo significado. Hoy en día terrorista es un término que Bush endilga a todo aquél que no le simpatiza. Sin embargo está, o estaba, bastante claro lo que es un **acto terrorista**: un acto de **violencia extrema** que tiene como **blanco a la población civil** (no combatiente) con la finalidad de **exterminar** a una población, o de infundir un **pánico masivo**. (Ver Eric Hobsbawm, "La barbarie en el siglo XX: manual del usuario", en su **Sobre la Historia**, Barcelona, Crítica, 1999). Bien, el terrorismo implica violencia, pero no cualquier acto violento es terrorista.

Los campos nazis de concentración eran campos terroristas. Las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki fueron actos terroristas. De hecho, durante la segunda guerra mundial ambos bandos cometieron actos de terrorismo en gran escala: ¿qué otra cosa eran, sino, los bombardeos de las ciudades? Es obvio que no eran blancos militares: salvo que se considere a la población civil un blanco militar. También son actos terroristas, por supuesto, estrellar aviones contra rascacielos.

No hay que olvidar que la mayoría de las organizaciones armadas izquierdistas se había formado con la finalidad de operar en el contexto de dictaduras militares, con la finalidad de derrocarlas.

Pues bien, en la Argentina de los años setenta existieron muchas organizaciones político-militares de orientación peronista o marxista. Eran organizaciones que practicaban la violencia política, en un contexto en el que la violencia política era corriente. Hay que insistir en esto: en los sesenta y setenta el empleo de las armas con fines políticos formaba parte del "repertorio" de opciones aceptables. Los militares usaban los tanques para tomar el poder del Estado, las guerrillas empleaban fusiles para intentar derrocarlos. No hay que olvidar que la mayoría de las organizaciones armadas izquierdistas se había formado con la finalidad de operar

en el contexto de dictaduras militares, con la finalidad de derrocarlas. No eran, pues, grupos violentos que venían a alterar la paz: eran más bien una respuesta popular a una violencia desatada desde arriba.



(Foto CD "De memoria...")

Antonio Domingo Bussi, gobernador militar y artífice a la represión en Tucumán y, después de 1983, dirigente "político".

¿Eran terroristas? Claramente no. No atacaban a la sociedad civil. Contrariamente al mito difundido por la derecha, no existieron ni bombas en las escuelas (salvo como los chistes que se siguen haciendo), ni en los hospitales, ni el subterráneo. Atacaban cuarteles y otros blancos militares, o asaltaban policías (para quitarles las armas). Practicaron secuestros de grandes empresarios y ejecutivos, para conseguir fondos para la causa; y repartían alimentos "expropiados" en las villas miserias. Algunas de ellas –como Montoneros– atacaron a burócratas sindicales y dirigentes políticos corruptos, pero en muy pocos casos. Otras, como el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), se negaron a usar las armas contra los rivales políticos: a los políticos se los vencía políticamente, a los militares militarmente, era la consigna. En algunas de sus acciones murieron civiles, pero el objetivo no eran ellos. Desde luego que algunas de sus acciones provocaron víctimas inocentes. Pero esto sucede siempre: son los lamentables costos de la violencia política. Pero en cuanto a la violencia y sus costos hay que recordar que también los pagaron San Martín y Belgrano, para independizarnos de España.

En los setentas hubo violencia de los dos lados, de izquierda y de derecha; desde el Estado y las bandas paramilitares, y desde las organizaciones populares. Pero sólo un "bando" –el Estado y las organizaciones paramilitares derechistas, como la Alianza Anticomunista

Argentina (AAA)– practicó la tortura, la apropiación de bebés y la desaparición de personas. Fue por completo diferente el accionar de uno y otro campo.

En síntesis, en la Argentina de los setentas existieron muchas organizaciones que buscaban un cambio social profundo. Algunas de ellas fueron guerrilleras, pero éstas –salvo contadísimas excepciones– nunca recurrieron al terrorismo (y en 1976 ya habían sido aniquiladas). Practicaban la violencia, no el terror. Se puede discutir sus objetivos políticos (la sociedad a que aspiraban); se puede discutir si el empleo de la violencia es acetable en algunos casos, o si siempre debe ser rechazado. Pero acusar a los militantes de las guerrillas setentistas de terroristas es faltar a la verdad histórica.

Equivocados o no (es fácil la sabiduría restrospectiva), los combatientes izquierdistas se jugaban la vida por sus ideales: querían una sociedad y un mundo más igualitario, más justo, sin la pobreza desoladora que aún hoy impera; algunos hubieran dicho que querían un mundo auténticamente democrático. Las fuerzas represivas, en cambio, ¿qué ideales defendían? Dios y la patria, dirán algunos. Pero estos son conceptos tan vagos y elusivos que poco significan: no hay persona que no tanga patria ni soldado que no le rece a algún Dios. En fin, que tras los eslóganes de Dios y la patria se escondía la mísera defensa de los privilegios, de las injusticias, de la pobreza de muchos como condición necesaria de la opulencia de pocos.



Afiche en portugués denunciando la represión de la dictadura militar en Argentina.

Definitivamente no. Unos y otros no eran lo mismo: ni por los objetivos que perseguían ni por los métodos que empleaban. Unos se inspiraban en el Che Guevara, símbolo mundial del héroe revolucionario, del idealismo desinteresado, de quien se juega por sus ideas, de las aspiraciones de justicia e igualdad. Los otros simpatizaban con Hitler, condensación del autoritarismo, la intolerancia, la inescrupulosidad y el racismo.

Características de la represión

Hay mucha gente que piensa que la subversión era efectivamente una amenaza,



(Foto CD "De memoria...")

Ronda de los jueves de las Madres de Plaza de Mayo, durante la dictadura.

pero que los militares se pasaron de la raya: en vez de llevar adelante una **represión selectiva**, habrían desencadenado una **represión indiscriminada**. Esta posición tiene un aspecto indefendible, cuando menos en algunas de sus formulaciones: torturar, ejecutar prisioneros indefensos, apropiarse de niños, repartirse el "botín" son acciones condenables sean quienes sean los que las ejecutan, pero también sean quienes sean **contra** quienes las ejecutan. El problema es que los militares asesinaban a sangre fría, torturaban, arrojaban personas vivas al mar y un largo etcétera, y no que esto se lo hicieran a personas supuestamente "inocentes". ¿Hacérselo sólo a los guerrilleros hubiera estado bien?

Pero aquí quisiera tocar otro aspecto. Cuando se argumenta que la represión fue indiscriminada porque afectó a un número impresionante de personas que no militaban en organizaciones armadas, simplemente se está olvidando que los militares tenían una idea mucho más amplia de lo que era ser subversivo. Para ellos un libro como **El principito** formaba parte de la literatura subversiva.

Puesto que los militares nunca tuvieron como blanco exclusivo a las organizaciones armadas, la represión no fue exactamente indiscriminada. El terror se desencadenó casi exclusivamente sobre los militantes y activistas de izquierda (de la izquierda marxista y peronista), y sobre todos los activistas y organizadores sindicales, barriales y/o populares. Fue una **represión masiva** (por las dimensiones que tomó) pero, al mismo tiempo, **selectiva**. Este carácter "selectivo" es lo que explica que pudiera instalarse ampliamente la cultura del "por algo será", "algo habrán hecho", "conmigo los militares nunca se metieron". Por supuesto, quien jamás había participado ni pensaba participar de alguna manifestación política, quien nunca protestaba por nada, quien aceptaba mansamente que los que habían mandado siempre siguieran mandando... a esos y esas no les pasó nada. Es decir, no cayeron víctimas del terrorismo de Estado... pero sí serían víctimas del terrorismo económico, de consecuencias tanto o más graves, aunque más a largo plazo.

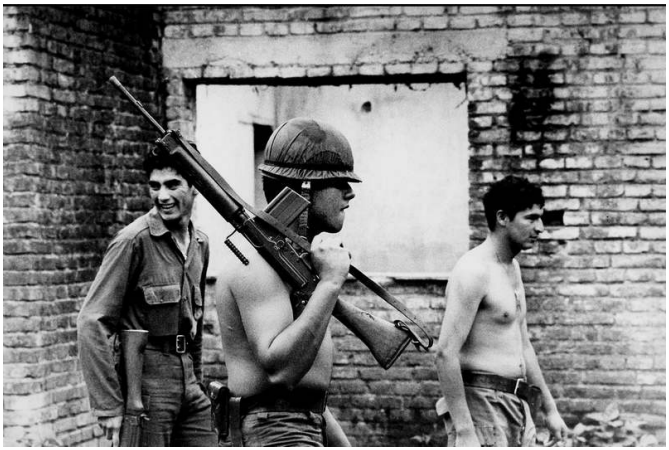
El **autoritarismo** –la prohibición de libros y de música, la prepotencia militar, los controles policiales, las razzias en los boliches, el "toque de queda", etc.– fue padecido por el conjunto de la sociedad argentina, pero el **terrorismo** –las ejecuciones sumarias, las "desapariciones", la tortura, la detención en centros cladestinos, etc.– sólo afectó de manera directa a una parte bastante bien delimitada de la población.

El terrorismo de Estado pudo ser selectivo porque buena parte de la sociedad argentina toleró a los dictadores, les dio aire con su silencio y su pasividad, se negó a ver y creer lo que estaba sucediendo. Las víctimas del Terrorismo de Estado fueron muchísimas. Pero lamentablemente también fueron muchos los que lo toleraron.

Así se comprende la macabra "eficacia" de la "desaparición de personas": causaba espanto, terror y desesperación entre los amigos, familiares y compañeros de las víctimas, que no sabían dónde estaban ni en qué situación se encontraban; al tiempo que permitía que muchas personas no se enteraran de lo que estaba sucediendo. El gobierno incluso podía regodearse diciendo que casi no tenía presos políticos ni había dictado penas de muerte. Las detenciones y las muertes eran clandestinas.

Y aquí hay que tocar un hecho ríspido y doloroso. El terrorismo de Estado pudo ser selectivo porque buena parte de la sociedad argentina toleró a los dictadores, les dio aire con su silencio y su pasividad, se negó a ver y creer lo que estaba sucediendo. Las víctimas del Terrorismo de Estado fueron muchísimas. Pero lamentablemente también fueron muchos los que lo toleraron. Ningún Estado puede desatar acciones semejantes si no cuenta con el aval de una parte

considerable (aunque no necesariamente mayoritaria) de la población. Es esta una verdad triste, pero es una verdad. Y como educadores creo que debemos enseñar que somos responsables por nuestras acciones, pero también por nuestras omisiones.



(Foto CD "De memoria...")

Soldados durante la dictadura militar.

¿Qué se proponían los dictadores?

El terror ejercido por el Estado nos parece hoy tan aberrante, tan falto de humanidad, tan escandalosamente macabro, que resulta tentador recurrir a explicaciones de orden psicológico: sólo se entiende como un rapto de paranoia colectiva entre los altos mandos militares. Sin embargo, el golpe no fue una acción desesperada, ni mucho menos improvisada. Fue meticulosamente planificado durante al menos seis meses, y una impresionante campaña mediática se encargó de preparar el terreno para hacerlo aceptable ante la opinión pública. Cuando llegaron al poder, los militares ya tenían decidido y planificado el establecimiento del terrorismo en gran escala.

¿Por qué lo hicieron? ¿No hubiera sido más fácil y "pulcro" reprimir legalmente? No. Dada las ideas imperantes en la Argentina, y dada la escala en que debían reprimir y la forma en que pensaban llevarlo a cabo, hacerlo legalmente y a la luz del día hubiera sido imposible. Esto por varias razones:

1) Había que reprimir a muchísimas personas. **30.000 desaparecidos** es una cifra escalofriante, y más escalofriante es la condición de desaparecido: ni vivo ni muerto, "desaparecido". Pero a ellos hay que agregar cientos de "muertos en combate" (que no están desaparecidos), miles de detenidos (legalmente) y decenas de miles de exiliados.

2) A muchas de las personas que podían tolerar un gobierno militar, les hubiera parecido inaudito que

(Foto CD "De memoria...")



Emilio Eduardo Massera, integrante de la primera Junta Militar de la dictadura y uno de sus máximos responsables, con otros altos mandos de la Armada.

ese gobierno torturase, asesinase a personas indefensas, o las hiciera "desaparecer".

No existen dudas respecto a que los militares tenían perfecta conciencia de lo que se proponían y de lo que implicaba. Para demostrarlo voy a citar al propio general Videla, primer presidente de facto del Proceso de Reorganización Nacional, y principal organizador del terrorismo de Estado: *"No, no se podía fusilar. Pongamos un número, pongamos cincomil. La sociedad argentina no se hubiera bancado los fusilamientos: ayer dos en Buenos Aires, hoy seis en Córdoba, mañana cuatro en Rosario, y así hasta cinco mil. No había otra manera. Todos estuvimos de acuerdo en esto. Y el que no estuvo de acuerdo se fue. ¿Dar a conocer dónde están los restos? ¿Pero qué es lo que podemos señalar? ¿El mar, el río de la Plata, el Riachuelo? Se pensó, en su momento, dar a conocer las listas. Pero luego se planteó: si se dan por muertos, enseguida vienen las preguntas que no se pueden responder: quién mató, dónde, cómo"*. (Declaraciones del General Videla a María Seoane, 25 de agosto de 1998, reproducidas en María Seoane y Vicente Muleiro, **El Dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla**, Bs. As., Sudamericana, 2001, pág. 215)

Pero si la represión debía tomar una escala tan masiva (aunque ciertamente no indiscriminada), ello se debía a los objetivos que los militares perseguían. ¿Qué se proponían entonces? Nada más y nada menos que una **reestructuración global de la sociedad argentina**, que comenzando por el modelo de acumulación, habría de afectar a la educación, la salud y la misma legislación. Los militares se proponían poner fin al **modelo de industrialización sustitutiva de importaciones**, y con él acabar con los días de pleno empleo, salarios más o menos elevados, educación y salud de calidad al alcance de todos o al menos de la

mayoría. En síntesis, los militares fueron los precursores de lo que andando el tiempo se dio en llamar **neoliberalismo**. Y por supuesto, si se pretendía reducir drásticamene los ingresos de los asalariados; concentrar la riqueza en una escala hasta entonces desconocida en Argentina; implantar un importante porcentaje de desocupados como segmento disciplinador del mercado laboral; y reducir los fondos de salud y educación ... era evidente que quienes lo intentaran encontrarían una dura resistencia. Esto quedó muy claro en junio de 1975, cuando el ministro de economía de Isabel Perón, Celestino Rodrigo, dictó una serie de medidas económicas sumamente impopulares (el rodrigazo), lo cual desató una huelga general de 72 horas que sobrepasó a la burocrática conducción de la CGT, obligando al gobierno a dar marcha atrás. A partir de ese momento a los ideólogos de la derecha (si todavía tenían alguna duda) se les hizo evidente que en la Argentina no sería posible empobrecer masivamente a la población y concentrar los ingresos nacionales en pocas manos sin recurrir a una fuerza extrema. Pero la resistencia popular podía ser reducida a casi nada si se descabezaba a los activistas sociales, fabriles, sindicales o estudiantiles. Y eso fue precisamente lo que hicieron los militares.

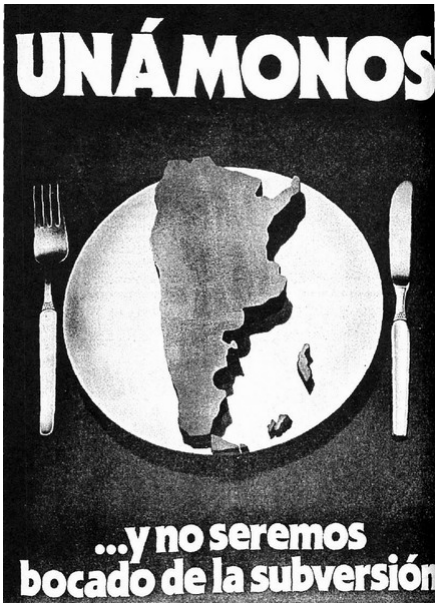


(Foto CD "De memoria...")

Pero los militares no actuaron solos: detrás de ellos había un buen número de civiles que los instigaron, apoyaron y orientaron. Entre estos civiles estaba la mayoría de los todopoderosos empresarios que en los años por venir amasarían fortunas de novela, o mejor dicho, de película de terror. Con el gobierno terrorista colaboraron también cientos de políticos radicales y, en menor medida, peronistas, que ocuparon puestos de gobernadores, intendentes o ministros.

Los militares dieron la cara. Fueron, fieles a sí mismos, los tontos útiles. Pero los que se beneficiaron con sus acciones fueron los empresarios más poderosos de nuestro país y del exterior.

(Foto CD "De memoria...")



Propaganda de la dictadura.

Es cierto que el modelo de acumulación por sustitución de importaciones estaba en problemas: Argentina se rezagaba como país industrial, crecía el déficit fiscal, y las tasas de ganancias tendían a decaer. Pero la introducción de las reformas neoliberales no era la única alternativa posible. Las crisis impulsan a cambiar, pero no definen por sí mismas el sentido de los cambios. Y tampoco establecen quiénes habrán de ganar y quiénes perderán. Una banda de astutos empresarios y serviles generales hicieron que perdiera la gran mayoría del pueblo argentino, y ganara (mucho, muchísimo) un puñado de "vivos", como Yabrán, Pescarmona, Macri, o Fortabat.

Unos cuantos datos ilustran más que mil palabras sobre el significado económico de la Dictadura para el conjunto del país:

– La **deuda externa** pasó de **8.085 millones** de dólares en 1975, a **45.087 millones** de dólares en 1983.

– **Los salarios reales disminuyeron un 40%** entre 1975 y 1981.

– Los **hogares pobres** pasaron de ser el **2,6 %** del total en 1975, al **25,3 %** en 1983.

– La **participación de los asalariados** en el reparto del **ingreso nacional** cayó de un **50 %** (en los años 70) a un **17 %** en los 90.

¿Cómo llamar a esto si no es **"terrorismo económico"?**

"Con los milicos estábamos mejor"

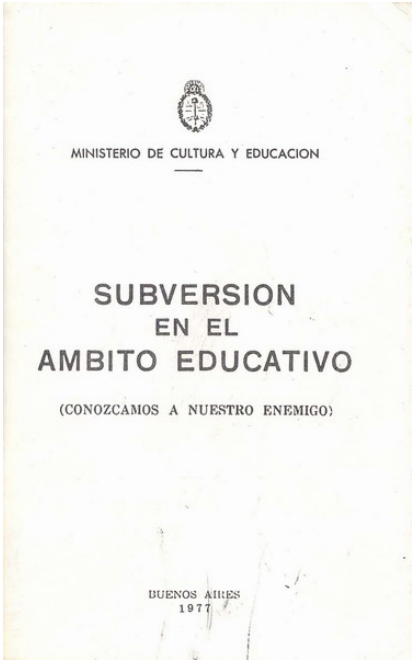
La frase que abre este capítulo todavía hoy es escuchada. ¿Qué tiene de cierto? Nada. Puesto que la situación económica argentina conoce un declive desde al menos los primeros años sesenta, es obvio que, cuanto más al pasado nos remontemos, las cosas estaban algo mejor. Por otra parte, es por completo falso que con los militares había mayor seguridad, menos robos, menos delincuencia. Nunca hubo, de hecho, tantos crímenes como en ese período. Pero esos crímenes no salían en los diarios, no eran mostrados en la TV. La Dictadura fue, entre otras cosas, un gran manto de ocultamiento.

Por cierto, los militares crearon una pequeña burbuja de bonanza económica, lo que en su tiempo se llamó “la plata dulce”. Muchas personas aprovecharon esa situación, por ejemplo, para viajar al extranjero. Pero todo era un show: tras la aparente prosperidad (que no era otra cosa que la prosperidad del dilapidador), se ocultaba un verdadero descalabro económico, al que nos hemos referido en el parágrafo anterior.

La dictadura, ¿quedó definitivamente atrás?

En 1983 los militares abandonaron el poder. Se reinstaló la democracia. Muchos creyeron que la pesadilla de la dictadura había quedado atrás. Pero se equivocaron, lo que pudo haber quedado atrás, como actitud manifiesta, es el gobierno dictatorial y el terrorismo de Estado. Pero uno y otro subsisten como amenaza latente, como temor instalado. Por sobre todas las cosas, lo que sobrevive es el tipo de economía y el tipo de sociedad que los militares comenzaron a instalar: una sociedad basada en el individualismo, y una economía cuyo paradigma es que los ricos tienen derecho a hacerse cada vez más ricos, mientras los pobres están condenados a ser cada vez más pobres. Las reformas neoliberales de Menem (hoy muy criticadas, pero poco revertidas) no hubieran sido posibles sin el camino allanado que les dejó la dictadura militar y el terrorismo de Estado: una deuda externa tan enorme como ilegítima, un país desindutrializado, una generación entera de activistas e intelectuales exterminada, una cultura del miedo y el individualismo, una pobreza que convierte a sus víctimas en siervos y clientes de los poderosos; extrema concentración de la riqueza y el poder en unas pocas manos; ¡niños desnutridos en un país exportador de alimentos!

Todo esto nos legó la Dictadura. Casi nada ha revertido la democracia. Esa es la deuda. Y mientras las cosas sigan así, la democracia será lo que a muchos nos parece que es: no mucho más que una farsa.


MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION

SUBVERSION
EN EL
AMBITO EDUCATIVO

(CONOZCAMOS A NUESTRO ENEMIGO)

BUENOS AIRES
1977

(Foto CD "De memoria...")

Folleto del Ministerio de Cultura y Educación durante la dictadura.

LA ESCUELA Y LA CALLE, NUESTROS LUGARES DE LUCHA



"Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurren. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada."

(Rodolfo Walsh, marzo de 1977)

En marzo de 2005, momento en que editamos este cuadernillo de formación y debate por primera vez, nos propusimos recuperar la formación político-sindical como herramienta de lucha. Entendemos que recuperar el espacio escolar como un lugar de construcción de nuevos valores, ideas, identidades, es parte de la misma lucha que siempre llevamos a las calles. Que es otro espacio de lucha. Un lugar donde debatir cómo y qué enseñamos a nuestros alumnos; y en el que las ideas socialmente imperantes sean sometidas a la revisión y la crítica, buscando construir una cultura contrahegemónica, opuesta a los mandatos hegemónicos del individualismo, que fomenta todo el tiempo la resistencia conveniente a pensar la historia, a repensarnos como sujetos de esa historia. Mediante la formación y el debate trabajamos en la construcción de una cultura asentada en la cooperación y los anhelos de una sociedad más igualitaria, libre y solidaria. Decíamos entonces: "*Buscando aportar a estos objetivos, la seccional Capital ha creado la Comisión de Formación Permanente, formada por un grupo de compañeros que ya había comenzado a trabajar con anterioridad en el tema (...) La comisión se propone organizar cursos de formación político-sindical y pedagógica, rompiendo con la lógica mercantilista que, tanto cultural como económicamente, ha imperado hasta el presente.*"

A treinta y nueve años del golpe de Estado de 1976, volvemos a publicar este trabajo crítico referido a la más sanguinaria dictadura que conociera nuestro país, con la intención de someter a la crítica algunas de las visiones imperantes sobre lo sucedido en los años del terror. Lo hacemos porque lo necesitamos. Hace diez años, cuando editamos este material, todavía no había llegado ese fatídico 4 de Abril del 2007, que nos demostró que no solo persisten los preceptos hegemónicos que siempre enfrentamos, sino que tienen a su servicio y en pleno funcionamiento la maquinaria asesina que se llevó la vida de nuestro compañero Carlos Fuentealba, buscando disciplinarnos tal como pretendió hacerlo en aquellos años de sangre.

Comisión de Formación Permanente - ATEN Capital